

SUMARIO

Un punto de organización.—Algunas lecciones de la última guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.—Lamentaciones, III, por Federico Pita, primer teniente de infantería.—Una carta de Dragomiroff (conclusión).—Libro de bolsillo del soldado japonés.—**BIBLIOGRAFÍA:** Índice general del Memorial de Artillería, desde su fundación en Junio de 1844 hasta Diciembre de 1900, por don Adolfo Carrasco y Sayz, general de división de Artillería.

Se acompañan el cuaderno 80 de *La Guerra ruso-japonesa*.

UN PUNTO DE ORGANIZACIÓN

Los largos años de paz de que disfrutaron las naciones civilizadas en el último periodo del pasado siglo, condujeron á mantener, sin someterlos á un frío análisis, los métodos generalmente adoptados para pasar del pie de paz al de guerra. Pero las últimas campañas y las diferencias internacionales que han suscitado, demuestran que hoy, como siempre, la paz no es un estado normal, sino una gracia, un beneficio, que se pierde con la misma facilidad y tan bruscamente como un hombre sano pierde la salud. Sentado esto, se comprende que hayan vuelto á ser puestas á discusión todas las materias relacionadas con la organización militar, incluso aquellas que hasta hace poco eran consideradas como indiscutibles y admitidas como irremplazables. No estará de más, por consiguiente, que examinemos en breves líneas un punto fundamental, cuya importancia no se ocultará á nuestros electores.

Han pasado para siempre los tiempos en que las guerras europeas se eternizaban y duraban años y años. Con el principio de la nación en armas esto es imposible, y la organización de todos los ejércitos, se encamina á resolver la guerra en el plazo más breve posible, mediante los dos grandes factores, que resumen todas las demás medidas, de movilización rapidísima y concentración no menos rápida. El triunfo en los primeros combates no lleva aparejado siempre la victoria final, pero es innegable que el éxito en las operaciones iniciales dará extraordinarias ventajas al vencedor, aumentando el buen espíritu de las tropas y llevando la guerra al país enemigo.

Para obtener esos primeros éxitos y, en general, todos los demás, ¿basta el número? ó, en otros términos, ¿debe anteponerse el efectivo á las cualidades de las tropas? Hasta ahora la respuesta ha sido afirmativa. Se ha creído, con más ó menos acierto, que todos los reservistas vertidos en las filas del ejército en el momento de declararse la guerra,

compondrían con los presentes en los cuerpos un conjunto homogéneo, dispuesto desde el primer momento á tomar parte en las operaciones, sin que padecieran la cohesión, el espíritu militar ni la eficacia de los regimientos. Sin embargo, no es así. Los cambios en los métodos de combate y en el armamento, la diferencia de edades y el medio social que rodea á muchos reservistas después de licenciados, imprimen profundas diferencias entre ellos y los soldados en servicio activo.

No quiere esto decir que los reservistas no sean capaces de batirse bien, ni que debe tenerse poca confianza en los regimientos con ellos constituidos; posible es que suceda todo lo contrario y que, á la larga, den mejores resultados que las tropas activas, porque los reservistas son hombres en la plenitud de sus fuerzas físicas, y de entendimiento y sentimientos más cultivados que los jóvenes, casi adolescentes, que integran el ejército en tiempo de paz. Lo que sí resulta es que al comenzar las operaciones militares se dislocan y transforman los regimientos, tanto por las cualidades y efectivo del personal, como por variar, punto menos que radicalmente, las condiciones en que se desenvuelve el mando en todas sus jerarquías. No cabe argüir que esos inconvenientes desaparecen con la práctica de grandes maniobras, y la llamada temporal de los reservistas á filas; precisamente en las grandes maniobras realizadas en los últimos años, y en esos llamamientos temporales ha surgido la cuestión que nos ocupa.

Los inconvenientes de que adolece el actual sistema de paso al pie de guerra se acentúan cuanto más débiles son los efectivos de paz, y se atenuan en el caso contrario. Si una compañía se compone normalmente de 200 hombres, la presencia en ella de 50 reservistas al comenzar la guerra no modificará sensiblemente su régimen ni su valor militar; la tropa, en su mayoría, estará acostumbrada á ser mandada por sus oficiales y clases, y esos oficiales y clases no tropezarán con invencibles dificultades por tener unos cuantos hombres más á sus órdenes. Pero no acontecerá lo mismo si la compañía tiene en tiempo de paz 50 ó 60 soldados, y á veces menos aún. En este caso, puede afirmarse que el paso al pie de guerra dará origen á un ejército enteramente nuevo, cuyas cualidades se desconocen, y que habrá de formarse y consolidarse en presencia del enemigo, circunstancia poco á propósito para que esa labor dé los apetecidos frutos.

Alemania, á quien debemos el método que estamos comentando, ha sido la primera en observar los peligros ó inconvenientes que puede acarrear, y acarreará sin duda. Ha defendido y mantiene el sistema en teoría, pero en la práctica se esfuerza por todos los medios en abolirlo. Reconoció, primeramente, que no era aplicable á la caballería, y organizó los regimientos de esa arma de un modo casi idéntico al de la formación de guerra, de suerte que la caballería alemana puede

decirse que está siempre movilizada; esta idea no tardó, como era de esperar, en ser copiada por otros ejércitos europeos. Lo que se hizo con la caballería no había razón para no hacerlo con las demás armas; sería más urgente la aplicación de este principio á la caballería, pero la necesidad del mismo es general para todos los cuerpos del ejército. La declaración de esta verdad, ó sea la condenación de una parte de los principios que llevaron á Prusia, y luego á Alemania, á su actual estado de pujanza, hubiera llevado la alarma al país, por la elevación de los gastos militares, ya crecidísimos, y además estaba poco en armonía con las sabias costumbres de aquel Imperio en que no se plantean nunca reformas radicales ni se cambia con facilidad la organización militar, sino que todo se alcanza por medio de la evolución lenta, pero mantenida y dirigida con inquebrantable energía. Alegando motivos de orden circunstancial y político, y nunca presentándolos con carácter general, los alemanes han ido reforzando poco á poco los efectivos de sus regimientos, y hoy puede decirse que los situados en las regiones fronterizas más peligrosas, se hallan en pie de guerra, ó poco menos, de suerte que si sobreviene un conflicto los vecinos de Alemania practicarán el sistema alemán de movilización, pero llegarán tarde, porque los alemanes tienen ya movilizad, casi en absoluto, el ejército que ha de iniciar las operaciones.

Lo que decimos de Alemania podemos hacerlo extensivo á todos los países. No es posible, por muy conveniente que sea, que todos los regimientos de un ejército estén siempre con los efectivos de guerra; mas tampoco se nos alcanzan las razones de que la composición de las diversas unidades haya de ser uniforme y única; porque el ejército no ha de ser el prototipo de la igualdad, regularidad, aplicada con un espíritu absoluto y dogmático, sino que ha de plegarse y adoptarse á las conveniencias y necesidades nacionales.

Jamás, en ningún caso, todas las unidades activas existentes en tiempo de paz habrán de ser empleadas á la vez en la guerra desde el primer combate, sino de un modo sucesivo y escalonado. Resulta de aquí que muchos regimientos dispondrán de tiempo suficiente para imprimir homogeneidad y dar cohesión á la amalgama de elementos activos y de reserva, mientras que otros habrán de partir á la guerra desconociendo el personal que se les ha confiado y careciendo de práctica en su manejo y empleo. Esta diferencia entre unos y otros da lugar á que el problema pueda ser resuelto, siempre de un modo gradual, dentro de las cifras del presupuesto de la guerra y aun dentro de la vigente organización.

La cuestión se reduce á la siguiente: ¿conviene mantener los débiles efectivos de paz en todas las unidades, exponiéndose á que la movilización trastorne completamente el ejército y resulten estériles los sacri-

ficios y esfuerzos realizados con objeto de prepararlo para la guerra; ó es preferible reforzar y movilizar en parte los regimientos acantonados en las regiones fronterizas y puntos peligrosos, disminuyendo los efectivos de los demás? En lo que atañe á nuestra patria no se trata, en suma, mas que desenvolver y extender el principio aplicado en las guarniciones de nuestras plazas de África.

A nuestro juicio, esta idea es convenientísima y la única que podría ponernos á cubierto de todas las eventualidades, ya que por la tradicional penuria del Tesoro no cabe pensar en soluciones más directas y eficaces. Reconocemos así mismo que tiene inconvenientes no pequeños, ya que es tan escaso el personal de tropa de los regimientos que apenas se concibe una nueva reducción. De todas suertes, entendemos que el proyecto debe ser examinado y pesados sus inconvenientes y ventajas, aunque sin convertirlo, pues no es ni debe ser tal su objeto, en motivo ni base de una nueva organización.

El aumento de fuerza en unos cuerpos, compensado con la baja en otros, los más, podría hacerse de un modo insensible, acentuándolo á medida que fuera posible elevar el contingente total del ejército. Así se estaría siempre en disposición de volver al sistema actual si el propuesto no diera los resultados que de él deben esperarse; y habríamos comenzado á plantear el sistema alemán de evolución paulatina y lenta, en lugar de seguir introduciendo cambios y modificaciones radicales que rara vez dan buen resultado. Importa conservar lo bueno y desechar lo malo, y para esto antes conviene corregir, enmendar y perfeccionar, que abolir todo lo existente y substituirlo por nuevos métodos cuyos defectos y ventajas solo una larga práctica puede poner de manifiesto.



ALGUNAS LECCIONES DE LA ÚLTIMA GUERRA

Sin duda la activa participación que he tomado en las labores de *La Guerra Ruso-Japonesa*, ha inducido á varios de mis compañeros de armas á dirigirme una invitación para que resumiera y expusiera las enseñanzas que, á mi juicio, se deducen del reciente conflicto. Declaro sinceramente que aunque he procurado estudiar el desarrollo de las operaciones militares y muy en particular de las acciones tácticas; aunque á este efecto no he vacilado en leer y, más que eso, estudiar, los periódicos extranjeros más reputados y mejor informados, y de un modo preferente los que se publican en Rusia y las revistas militares; y aunque no he perdonado medios para orientarme en el caos de noticias confusas, contradictorias y casi siempre tendenciosas que llegaban y siguen llegando del teatro de la guerra; no he sabido, seguramente

por culpa mía, descubrir nuevas orientaciones ni principios que obliguen á un cambio radical en los actuales métodos de guerra.

Tal vez más adelante, cuando el tiempo esclarezca muchos puntos que aún permanecen envueltos en las sombras del misterio, sea posible llegar á conclusiones que impliquen la rectificación en un nuevo sentido de las tendencias hoy admitidas. Pero como no puedo desatender la invitación que se me ha hecho, voy á compendiar en pocas líneas las enseñanzas, relativas, que en lo que atañe á la acción táctica de la infantería—único punto sobre el que se me ha preguntado—he sabido deducir del estudio de las sangrientas y colosales batallas reñidas en la Mandchuria. Debo añadir que me abstengo de ocuparme en algunos puntos de los que no poseo datos completos, que probablemente algo de lo que diga habrá de ser rectificado más adelante, y que no tengo la pretensión de acertar, pues estas líneas solo obedecen á corresponder á la deferencia que conmigo se ha tenido.

1.º Tanto en la ofensiva como en la defensiva, conviene disminuir el número de escalones de las tropas empeñadas en combate, y aumentar todo lo posible la longitud de las líneas de fuego.

2.º El fusil moderno no imposibilita los ataques de frente ejecutados en orden disperso, ni aumenta de un modo extraordinario las bajas del ofensor; la rapidez de fuego se traduce, en la práctica, en disminución de la precisión del mismo, por lo que conviene ejercitar á las tropas más que hasta aquí en el tiro rápido, sin economizar municiones, á todas las distancias.

3.º En los combates de infantería el fuego por descargas es de poquisimo efecto, menor aún que el obtenido con el fusil antiguo, lo que se explica fácilmente por la influencia que el estado de ánimo del soldado ejerce en el tiro con las armas modernas.

4.º La persecución por el fuego tiene una importancia infinitamente mayor que antes. El mayor número de bajas se sufre en la retirada y no en el ataque, aunque esa retirada se efectue sin que el vencedor deje sentir su presión sobre el vencido.

5.º Ningún ataque envolvente—en el concepto táctico—da resultado si no va acompañado ó precedido por un ataque de frente.

6.º Las unidades empeñadas en el combate no deben vacilar en acudir á sus reservas; más vale emplearlas prematuramente que tarde. La misión de apoyar y sostener á las tropas de primera línea corresponde á los comandantes de división y de brigada, y en casos particulares á los de regimiento.

7.º La precisión del tiro de una fuerza que defienda una posición decrece rápidamente, y se observa un cambio sensible después de transcurridas dos ó tres horas de iniciado el fuego. De aquí la absoluta necesidad de preparar todo ataque mediante un periodo preliminar de fuego,

lo bastante intenso para que las tropas de sostén del defensor tomen parte en él; ese periodo preliminar no debe enderezarse á causar graves pérdidas al enemigo, sino á fatigarle, alterar sus nervios é impresionar su espíritu.

8.º El arma blanca, la bayoneta, conserva toda su antigua importancia y es el último argumento en el combate, argumento siempre decisivo. Las líneas de ataque y las que guarnezcan puntos avanzados llevarán constantemente armada la bayoneta.

9.º El primer deber de una tropa que conquiste una posición debe ser atrincherarse rápidamente en ella y ponerla en estado de defensa, mientras algunas fracciones persiguen al enemigo con sus fuegos.

10.º En la fortificación de campaña ha de verse el medio de disminuir la densidad de ocupación en algunos puntos para aumentarla en otros, pero no atribuirle un papel capital, lo que á la larga desmoralizaría á las tropas. En compensación, debe acudirse en todas las circunstancias, tanto en la ofensiva como en la defensiva, á los ligeros atrincheramientos rápidos.

11.º Nunca la defensiva inerte conduce á un resultado decisivo; ni tampoco se obtiene éste emprendiendo el ataque antes de que los fuegos de artillería é infantería lo hayan preparado. A todo ataque debe responderse siempre con un contra-ataque, cuyo éxito depende en gran parte del acierto en elegir el momento oportuno para llevarlo á cabo. Las opiniones están contestes en que muchos ataques de los japoneses hubieran fracasado si los rusos no hubiesen vacilado en salir de sus trincheras y cargar al arma blanca al ofensor.

12.º Los combates nocturnos no son de aplicación general; la noche es favorable para la conquista de puntos aislados y para la consecución de objetivos de carácter local, nunca general, y se presta mucho también para completar una victoria cuyo éxito se haya decidido durante el día.

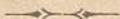
13.º Nunca se maniobrará en el campo de batalla; debe llegarse á él en las formaciones de combate.

14.º El elemento humano es el primer factor de la victoria. No ha de perdonarse medio ni ocasión para infiltrar en el alma del soldado estas dos grandes verdades: no en el avance, sino en la retirada es cuando el ataque rechazado padece más bajas; el medio mejor y acaso único de conservar la vida, y á la par obtener la victoria, es no volver jamás la espalda al enemigo.

Como se ve, muy pocas novedades, ó tal vez ninguna, hay en las líneas que preceden. Al escribirlas no me he propuesto otro objeto que el de deferencia consignado anteriormente; he reflejado mi opinión puramente personal; y no pienso aducir los argumentos en que se apoya, ni deducir las consecuencias que de ella podrían derivarse, porque no fal-

tarán, es indudable, plumas más competentes que en tiempo oportuno desenvuelvan el asunto con la profundidad y extensión que merece.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros



LAMENTACIONES

III

Y vamos al grano. En este desdichado país, todos entendemos de todo y todos sabemos de todo; es decir, *saben*, porque á los militares, no nos conceden ni el derecho de saber de lo *nuestro*.

La política por boca de sus primates; la prensa en sus grandes rotativos, las sociedades mercantiles, todo sér humano, se cree con derecho á discutir, entender y dictaminar sobre cuestiones militares. ¡Y así anda ello!

Se cree, sin duda por una ignorancia arraigada desde ha tiempo en todos los elementos sociales, que el Ejército es un organismo barato, y que con todo tenerlo *empacado*, como los comerciantes, fácil será organizarlo y enderezarlo el día del *balance* guerrero.

Todos cuantos gastos se hacen ó se pretenden hacer, se tachan como inútiles y hasta con maliciosa crítica se señalan bajo concepto de despilfarro y mal empleo. Se pide instrucción en el ejército, prácticas, destreza en el tiro; pero no se conceden créditos, no se colocan las fábricas de cartuchos y fusiles á la debida altura de progreso, se rien y critican los defectos del mando... ¿Para qué gastarse unos millones en maniobras y en prácticas, si éstas han resultado incompletas, defectuosas...?

En cambio si la hora llega de guerrear, como ya ha acontecido, se lanzarán anatemas sobre tal general, al que no *caben* seis hombres en la cabeza; sobre tales oficiales de artillería, que no han puesto más de tres proyectiles en el blanco. Sobre tal batallón que ha tirado con miedo, ó con demasiado error en el alza, ó en la puntería... Pero nunca, sobre los que al calor del apoyo que les presta la institución armada, viven y medran, restándola elementos de vida, desprestigiándola casi, ante los ojos del pueblo...

Aquí, que del dominio público se han hecho estas cuestiones militares, para bastardear el concepto de seriedad y la atención profunda que se les debe, se desconoce á lo que alcanza, cuanto los demás países ejecutan, para poder llegar á la plena seguridad de sus deberes nacionales.

Lecomte ha dicho en una de sus obras, refiriéndose á los sucesos de la guerra franco-alemana, «que los gobiernos no deben ceder nunca á las excitaciones del vulgo en asuntos de campaña, pues entonces se ab-

dica de la dirección suprema de las operaciones y se somete un plan á todo género de casualidades».

Igualmente ocurre con cuantos asuntos se refieren á la organización y formación del ejército en tiempo de paz. En toda cuestión profesional entiende más y sabe más el de la profesión que el ageno á ella; por esto, aunque yerros se cometan por los militares, siempre serán de menor cuantía que los que verifiquen los desconocedores de aquello llamado á corregirse ó arreglarse.

Esta verdadera *hidrofobia de militarismo* en los que protestas hacen de continuo, para alejar tal estado de la nación, resulta un verdadero anacronismo, y es de esperar que por bien de todos se vaya corrigiendo, pues que más daña que beneficia á la institución armada.

El mal es rancio, solo que á pesar de haber mostrado en su ranciedad los defectos grandísimos que lleva consigo, jamás los gobiernos españoles han querido poner reparo en él. Y bien palpablemente han cosechado sus resultados; no se necesita recurrir para verlo, á las *Memorias póstumas* de Napoleón III y que ponen en evidencia que la *debacle francesa* fué debida á no aceptar los únicos principios donde descansa sólidamente el sistema de fuerzas nacionales de una gran defensa; en España se ha tejido y destejido tanto sobre materia de organización, por no salirse de los moldes exiguos de un presupuesto mediocre y reducido, que más hemos *desorganizado*, que organizado nuestro ejército.

«Y sin embargo,—como dice el gran maestro Madariaga,—aquí vivimos empeñados en gozar de todo á poca costa... El falso concepto que por muchos se tiene de las exigencias militares, les lleva á hacer presa en lo que no puede dar resultado de tanta mutilación más que peligros gravísimos».

La negación de todo cuanto se pedía, en la idea errónea y absurda de una reconstitución nacional por el ahorro, nos ha traído la ruina como resultado, y no es esto lo peor, sino que después del desastre, aun se piensa en los presupuestos con *superavit*, como si el *superavit* nos diese medios de defensa y de poder, por unos cuantos agios del comercio y de la banca...

No tenemos artillería de tiro rápido y el Ministro de la Guerra para poder adquirirla, se ve precisado á hacerlo por anualidades; se discuten proyectos de cualquier cosa, y no se para mientes en los que de tanta importancia presentan nuestros ministros á las Cortes...

Se presentó el del servicio militar obligatorio, ¿cuándo se aprobará?... ¡Cossi va il mondo! y así estamos todos.

FEDERICO PITA.
Primer Teniente de Infantería



UNA CARTA DE DRAGOMIROFF

(Conclusión)

»En el combate lo más simple, lo más sencillo, es lo menos expuesto al azar. Declaro, pues que, á mi juicio, el mejor medio para dar ó transmitir órdenes ha sido y será siempre servirse de hombres, es decir, de estafetas.

»Los demás medios, tales como el teléfono, el telégrafo, óptico ó eléctrico, no son más que medios auxiliares. Los cables tendidos en el campo de batalla, ó sea en un terreno atravesado por todas las armas, solo por casualidad pueden quedar intactos. Pero el principal defecto de tales medios es, si se permite la frase, de índole moral: así, por ejemplo, una orden transmitida por el teléfono no tiene el carácter de firmeza, de urgencia, de la comunicada de hombre á hombre.

»El jefe al cual se destina la orden podrá alegar que no la ha recibido. Otro podrá negar la que ha dado si después advierte que no era acertada. Según parece, han ocurrido casos de estos.

»Se cuenta que en Turentchen, Kuroki permaneció sentado al borde del Yalú, rodeado de teléfonos y pescando con caña. ¡Hacen prodigios esos japoneses!

»Pero todavía hay otra cosa curiosa. Algunos jefes han descubierto las Américas; han descubierto que el periodo del combate por el fuego se prolonga diez horas. Algo es que hayan descubierto esas Américas; más vale tarde que nunca. Pero lo que no puede admitirse es que traten de aplicarlo á la instrucción, es decir, que obliguen á las tropas á mantenerse encajonadas en trincheras ó en otras posiciones, durante diez horas y, por supuesto, sin hacer nada.

»Recuerdo que hace un año, hablando de maniobras con Stroevoi, yo mismo casi descubrí esa pólvora, ahora inventada de nuevo. Recordé que los prusianos habían aplicado ese procedimiento algunos años antes, pero que lo abandonaron muy pronto. Y se comprende: ¿qué puede esperarse de un método de instrucción que consiste en obligar á la tropa á mantenerse sentada ó echada, *sin hacer nada*, no diez, si quereis, sino tres ó cuatro horas? Así se pierde un tiempo enorme, se aburre al soldado y le hace apático, y no puede enseñar absolutamente nada.

»Dícese que á veces les ocurre á los cazadores de fieras, tales como el león y el tigre, vagar durante semanas enteras sin poder encontrar caza; esto irrita á los cazadores, pero no les fastidia ni les causa apatía. Se me preguntará ¿por qué? sencillamente, porque no van en busca de una quimera, sino animados por la esperanza de que alcanzarán más ó menos pronto su objetivo.

»En una palabra, lo que está conforme con el objetivo no es fasti-

dioso. Todo el secreto es este. ¿Qué se diría de un cazador que, para prepararse para la caza del león, permaneciese días enteros en su jardincito, en el cual ni siquiera se ven gorriones todos los días, y caminara con precaución mirando á derecha é izquierda, deslizándose de uno á otro árbol, dando saltos de vez en cuando, y disparando con cartuchos de bala? No se dirá de él que es un Tartarin de Tarascon, sino que carecía de juicio y que lo mejor que podía hacer sería encerrarse en una casa de locos.

*
* *

»En cierta ocasión me refirieron cómo el difunto emperador Guillermo I enfriaba el entusiasmo de los inventores que se le presentaban con invenciones nuevas, al parecer, pero que casi siempre eran antiguallas ya olvidadas; para el vulgo lo nuevo es también útil é interesante, pero si se examinan las novedades, se suele encontrar lo inútil y á veces lo perjudicial. Sabido es que el emperador Guillermo I, que vivió largos años, se ocupaba seriamente de las tropas, y se acordaba de todos los ofrecimientos que se le habían hecho en materia de equipo y calzado. Así, en cuanto se le presentaba alguien con proposiciones relativas al ejército, le daba habitualmente esta invariable respuesta: «Querido, ya me habiais propuesto esto mismo en tal año. Nosotros lo hemos experimentado y reconocido que no tenía la menor utilidad. Mil gracias.» La verdad es que en la época de Guillermo I los cambios de uniforme y los perfeccionamientos más ó menos inútiles concernientes á la instrucción de las tropas, no estaban de moda en el ejército prusiano. Las guerras austro-prusiana y franco-alemana demostraron que aquel ejército no perdió nada siguiendo aquella conducta, y que estaba siempre en disposición de llenar la misión para la que se le había creado.

»En aquella misma época, en otros ejércitos se cambió tres veces el uniforme y se modificaron los reglamentos un número de veces incalculable. Y se dió el caso de que un reglamento recientemente puesto en vigor fué reemplazado por otro antes de que se le hubiere acabado de poner en práctica. Conviene añadir que á causa de tal abundancia de reglamentos muchos oficiales no conocían ninguno; aguardaban que apareciera alguno nuevo que tuviese probabilidades de durar algún tiempo.

»Los jefes, en lugar de prestar su servicio, vegetaban en comisiones y redactaban reglamentos, mientras que sus subordinados iban al ejercicio, á menudo sin saber si el reglamento que aplicaban estaba vigente ó derogado. Cuando la paz se prolonga mucho tiempo, es frecuente presenciar casos de esta naturaleza, pero en los momentos actuales sucede algo muy distinto. La guerra está en actividad y no sabemos cuando terminará; con todo se observa una tendencia á querer poner

en práctica deducciones prematuras sacadas de hechos que distan mucho de haber sido examinados en todos sus aspectos. Unos piden que durante el ataque todo el mundo se arrastre cuerpo á tierra, se arrodele, y que cada uno excave una trinchera abrigo. Si una unidad tiene que recorrer una distancia de tres ó cuatro verstas arrastrándose por el suelo, y se le obliga además á atrincherarse en el camino, pregunto cuánto tiempo durará su ataque. Esos caballeros que escriben tales disparates deben probablemente cuidar su piel con mucho esmero.

»Siempre he estado convencido de que, durante el ataque, la cadena debe ser delgada y nunca se ha de echar en tierra. Esta es mi convicción y la expreso aquí una vez más, aunque ya se que esto no servirá para nada puesto que es contrario el instinto de conservación.

»Todo el mundo sabe que en la mayoría de los casos no se puede conseguir que se levante una cadena echada en tierra más que reforzándola con unidades de reserva; pero cuando esta operación se ha repetido dos ó tres veces, la primera línea de las compañías ya no existe. Además, el primer cuidado de todo jefe, durante el periodo del combate por el fuego, debe ser conservar sus reservas para el asalto; y, para esto, no existe otro medio que el de prohibir á la línea de tiradores que se eche en tierra durante el ataque, porque poco importa á un hombre que está de pie marchar adelante ó permanecer en su sitio, pero es imposible decir lo mismo del hombre echado. Soy partidario de líneas ténues y no espesas, durante el ataque, puesto que, gracias al fusil moderno de carga rápida, una línea, por delgada que sea, da fuegos bastantes para incomodar y, en caso propicio, quebrantar al defensor. Debo añadir que semejante línea presenta un blanco poco vulnerable.

»De un modo general, el empleo de líneas densas durante el ataque es, á mi parecer, un perjuicio. La ventaja de obtener así un fuego más intenso, no compensa las graves pérdidas en hombres que padece una línea densa.

»No obstante, aun pronunciándose de un modo general contra las marchas á rastras, declaro que no soy enemigo de ellas en algunos casos particulares. Pero creo, ante todo, que su empleo debe ser dejado al buen sentido de los hombres y de sus jefes inmediatos, empezando por los jefes de sección. En segundo lugar, opino que es inútil enseñar al soldado tales procedimientos, y si se le enseñaran no se lograría otro resultado que el de echar á perder los uniformes. Y aún añadiré que durante la guerra de Crimea se enseñó á la tropa á avanzar arrastrándose y ocultándose del enemigo, pero pronto se renunció á esta práctica.

»No sucede lo mismo con las reservas: en este caso, la adaptación al terreno de las formaciones y de la velocidad de marcha debe desempeñar importante papel. Los comandantes de compañía, por su propia inicia-

tiva y sin esperar órdenes, deben hacer que sus soldados se trasladen aisladamente y al paso ligero de una posición á otra, ó bien conducir su unidad en orden cerrado á la nueva posición, según el tiempo, el terreno y la actividad del enemigo. Cuando una tropa está en reserva tiene perfectamente el derecho de atrincherarse si ha de quedar inmobilizada durante algún tiempo.»

(De la *Revue du Cercle Militaire*.)

LIBRO DE BOLSILLO DEL SOLDADO JAPONÉS

Lo que sigue es una traducción libre del contenido del cuaderno personal del soldado japonés. Consiste en dos edictos imperiales y varias prevenciones.

EDICTO IMPERIAL

(Fechado en el 28 año de Meiji, 5.º mes, 13.º día, 13 Mayo 1895)

Estas son las palabras del Emperador á Sus soldados muy amados:

En el año 1882, durante el proceso de la organización de Nuestro ejército, deseamos que Nuestros soldados tuvieran muy presentes las siguientes virtudes: lealtad, cortesía, bravura, rectitud y modestia. Desde la promulgación de nuestro edicto, transcurrieron diez años de paz hasta que comenzó la guerra contra la China. En aquella guerra, Nuestros soldados, sometidos á las pruebas del calor y del frío, mantuvieron la integridad de Nuestro Imperio. Por su valor la guerra tuvo un feliz término, y sus hechos de bravura fueron admirados en el mundo entero. Como El preveía, Su Majestad se complace en reconocer que Sus soldados han tenido presentes las cinco virtudes mencionadas, y han obedecido las órdenes sin murmurar, sacrificando contentos sus vidas por el bien público. El corazón de Su Majestad se ha regocijado por el modo como han demostrado Sus soldados que eran Sus más obedientes servidores. El no puede menos de deplorar y entristecerse por aquellos que perdieron sus vidas en las batallas, que murieron de enfermedad ó cuyas heridas les dejaron deformes. Estos últimos y las aficciones que padecen nunca serán olvidadas por Su Majestad. Su Majestad ha firmado ahora un tratado de paz con China, el cual hará gozar á sus soldados los beneficios consiguientes; pero no debe olvidarse que aun en tiempo de paz la necesidad de mantener el honor del Japón y el del Ejército significa una dura carga sobre las tropas. Aunque Su Majestad se complace en que las victorias de Sus soldados Le reporten honor, debe insistir en que el futuro del Imperio es inmensurable, y Les recomienda que, tanto mientras permanezcan en el Ejército como al regresar á sus hogares, no olviden las cinco virtudes antes expresadas y procuren perfeccionarlas.

EDICTO IMPERIAL

Durante 2,500 años los Emperadores han mandado las tropas del Japón, y durante este largo periodo han tenido lugar muchos cambios en el Ejército. En el más antiguo periodo de nuestra historia, el Emperador usualmente ejercía el mando en persona, y en otras ocasiones delegaba su autoridad en la Emperatriz ó en el Príncipe Imperial, pero nunca en un súbdito. En el periodo siguiente, hacia la mitad de nuestra historia nacional, fueron adoptados los métodos chinos, el país se subdividió en lo relativo á la gobernación, y las tropas se dividieron en nueve clases. El soldado quedó separado del agricultor, y el *bushi* ó casta militar apareció. El mando quedó en manos de algunos jefes de esta casta, y ocurrieron frecuentes diferencias entre ellos, dando lugar á disturbios en el Imperio. Poco á poco el poder político fué asumido por los mismos jefes. Durante 700 años se prolongó este desgraciado estado de cosas, estado que, en el presente día, cuando el Imperio está fundado sobre una sólida base, es difícil comprender. El tiempo pasó, el poder de los *Shogun* fué disminuyendo, aumentó la presión de las Potencias extranjeras, y la situación general fué muy desagradable para el Abuelo y el Padre de Su Majestad el actual Emperador. Cuando Su Majestad subió al trono, los *Shogun* eran prácticamente los gobernadores del país y conservaban su autoridad sobre el Ejército. Gracias, sin embargo, á la lealtad de los súbditos del Emperador, este estado anómalo concluyó, y ahora Su Majestad es el verdadero gobernante del Imperio. En los pasados quince años, la organización del Ejército y Armada comenzó, y ahora está casi terminada. Su Majestad declara que El es la cabeza del Ejército, y que aunque sean nombrados otros jefes, ellos son Sus súbditos y fieles servidores. Su Majestad cree que lo ocurrido durante las edades medias no puede volver á repetirse. El actual Emperador es el Gran Mariscal, y vosotros, Sus soldados, debeis profesarle filial afecto, así como Su Majestad os mira como hijos Suyos. Vuestra lealtad y fidelidad al deber son las únicas bases en que descansa la seguridad del reino de Su Majestad. Si el Imperio prospera, debeis regocijaros con Su Majestad, y si decae debeis compartir Su tristeza. Así, el espíritu de Su Majestad y los vuestros se compenetrarán en el deseo de la prosperidad del Imperio, y mientras subsista el presente periodo de paz, os debeis preparar á defender el Imperio y añadir lustre á los gloriosos hechos de vuestros antepasados.

Su Majestad, confiando plenamente en vosotros, os recomienda que tengais presente y guardéis las siguientes máximas:

1. La primera de estas máximas ó virtudes es la lealtad. Todos los habitantes del Japón se regocijen de realizar un acto que beneficie á su país; pero un soldado que no abrigue tal deseo para nada sirve. Ser entendido en la guerra y diestro en su profesión, esas cualidades nada

valen sin lealtad. Un cuerpo compuesto de tales hombres, aunque agradable á la vista, sería, en un combate contra el enemigo, semejante á una muchedumbre. De la lealtad de las tropas depende la salvaguardia de los derechos y la prosperidad del país. A ningún soldado le es permitido inmiscuirse en materias políticas ó sociales, porque su deber es ante todo el de ser leal. ¡Soldados! Guardad vuestro nombre del deshonor y distinguidlos por vuestra rectitud.

2. Cortesía. Desde el Mariscal al soldado hay muchos rangos y grados. Las órdenes de los superiores deben ser obedecidas, y tales órdenes consideradas como órdenes del Emperador. La cortesía se debe á los superiores en todas las ramas del servicio. Se permite el trato entre superiores é inferiores, y ellos han de tratarse entre sí como hermanos; pero en asuntos del deber las órdenes deben ser rígida y estrictamente obedecidas. Sin obediencia no hay diferencia entre superiores é inferiores; nadie respetará á los superiores ni considerará á los inferiores, y cesará de existir la armonía en el ejército. Cualquiera que tienda á producir ese estado de cosas es un enemigo, no solo del ejército sino del país.

3. Bravura. Desde los tiempos más remotos de nuestra historia se ha rendido el mayor respeto al valor, y como los soldados han de hacer frente á los enemigos de la patria para protegerla, no debe olvidarse la bravura ni un solo momento. Hay dos géneros de bravura: uno inspirado por la impetuosidad inconsciente, y el otro por la reflexión. Los soldados deben pensar antes de obrar, sin despreciar á un enemigo inferior, ni temer á uno más poderoso; haciéndolo así, desplegarán el mejor género de bravura. En el trato con los demás habeis de ser bien educados y procurar obtener su aprobación por vuestras acciones, y, ante todo, no dar motivo para que os consideren como una bestia salvaje.

4. La rectitud es otra virtud. Sin ella ningún cuerpo de tropas puede tener larga existencia. Habeis de ser esclavos de vuestra palabra, y antes de prometer una cosa examinad si podeis cumplirla, porque de otro modo tal vez no podais mantener vuestra palabra. En tiempos pasados algunos empeñaron su palabra impremeditadamente y sin comprender lo que se pedía de ellos, y, al esforzarse en realizar lo que habían aceptado, atrajeron la ruína sobre sí mismos.

5. Inmoralidad. Este vicio hace á los hombres débiles de espíritu, descuidados en sus promesas, extravagantes, egoistas é indignos de ser soldados; y aunque lleven á cabo actos meritorios no serán alabados por los verdaderos hombres. Los malos hábitos contraídos por los soldados se difunden como una epidemia, y rebajan el espíritu del Ejército. Su Majestad teme mucho los efectos de las malas costumbres, y por este motivo proclamó una ley para el castigo de los vicios, y cuanto más

piensa Su Majestad en estas cosas más intranquilo está.

Los cinco artículos anteriores no deben ser leídos superficialmente.

Los cinco artículos que preceden resumen las ideas que deben ser imbuidas en nuestros soldados y formar el corazón de todo el Ejército, porque si el corazón no es bueno esos artículos serán de ningún valor. Por consiguiente, la felicidad de Su Majestad, y la de Sus súbditos depende de que sus deseos sean recordados y observados con honradez de corazón.

4 Enero 1882.

(Concluirá)

(Del *Journal of the R. United Service Institution*)

BIBLIOGRAFÍA

INDICE GENERAL DEL MEMORIAL DE ARTILLERÍA, DESDE SU FUNDACIÓN EN JUNIO DE 1844 HASTA DICIEMBRE DE 1900, por don Adolfo Carrasco y Sayz, general de división de Artillería.—Madrid, 1902-1905.—Dos tomos de 380 y 532 páginas, con 12 láminas.—6 pesetas.

El veterano é ilustre general de división Excmo. Sr. D. Adolfo Carrasco, ha dado cima á una tarea, no solo laboriosísima, sino preñada de dificultades, aunque otra cosa pueda parecer á los poco versados en materias bibliográficas, que aumentará, si es posible, la nombradía del entusiasta general, y la gratitud que le deben el arma de Artillería, en primer término, y en segundo lugar el resto del Ejército.

El *Indice general del Memorial de Artillería* es más que una obra completísima en su clase; palpita en ella el alma del Cuerpo de Artillería, y se engloban de admirable modo los esfuerzos, los escritos, los inventos y el caudal de conocimientos científicos que atesoraron y dieron renombre á tres generaciones de ilustres varones que elevaron á su actual estado la reputación del Arma que los cobijó en sus filas.

Se trata de una obra, verdadero monumento que su autor lega á los jóvenes artilleros, escrita y compuesta con el triple amor de bibliógrafo consumado, de hijo amantísimo del Arma que se honró contándolo entre los suyos, y de padre, pues este nombre merece, de una publicación que con singular acierto dirige hace veinte años.

La Bibliografía—dice el general Carrasco—es la fuente ú origen de todos los conocimientos, á donde hay que acudir para emprender y continuar toda clase de labor intelectual. Tan cierta es esta verdad, que apenas habrá nadie que pueda prescindir de la consulta del *Indice* si en materias artilleras quiere ocuparse. Y en la época actual en que nos domina el afán desmedido de lo nuevo, de lo original, conviene tener siempre á

la vista libros—por desgracia contadísimos—como el que nos ocupa, porque con su auxilio se demostraría que muchas *novedades* son cosas harto antiguas, exhumadas acaso inconscientemente; lo que evitaría no pocos desencantos y caminos equivocados.

El *Índice general* comprende un índice cronológico; un índice analítico, dividido en Bibliografía, Historia, Organización, Instrucción, Arte militar, Artillería, Armas de fuego portátiles y Miscelánea; y un índice alfabético de autores. Figuran además, una reseña del *Memorial de Artillería* y una infinidad de resúmenes, noticias y datos interesantísimos. Esos índices no se reducen á una anotación descarnada del título, nombre del autor, página y tomo, sino que para evitar la menor confusión el señor general Carrasco ha añadido á todos los títulos dudosos ó ambiguos una brevísima interpretación que da á conocer la materia tratada.

Abnegación, y no escasa, se requiere para emprender y terminar una obra como el *Índice*, de utilidad más positiva que de brillante apariencia, y para emplear muchos años de improbo trabajo en componer un libro exclusivamente dedicado al bien de los demás. De desear es que el señor general Carrasco termine la obra que tan acertado ha comenzado, con la publicación de la bibliografía artillera á que alude en la Introducción del Tomo II.

Reciba el erudito y sabio general nuestra sincera felicitación, á la que unirán las suyas todos los amantes de la literatura militar.

Advertencia

Tenemos la satisfacción de avisar á nuestros lectores que en Enero del próximo año, 1906, comenzaremos el reparto de la magistral obra del general alemán Conde de Yorck-Watenburg

Napoleón, jefe de ejército

uno de los mejores libros militares de nuestra época, y que ha merecido el elogio entusiasta y unánime de los más reputados escritores y críticos profesionales.

Repartiremos asimismo la

Historia de la Guerra Ruso-japonesa

y de la Revolución en Rusia

ilustrada con magníficos planos y mapas, y continuaremos la publicación de la GEOGRAFÍA UNIVERSAL, dando además

Las llaves del campo

originalísima obra del comandante Morelle, traducida por el primer teniente de Artillería D. Antonio Padró.